

Y
LA
NAVE
VA...

A propósito de *La nave
de los locos*,
de Ricardo Wulicher.

por María Paula Cañón

Existe una leyenda entre los mapuches que habla de una nave con una sola vela que marcha una vez por año sobre el agua, la tierra o el cielo, generalmente envuelta en una nube blanca, y lleva a todos los locos, débiles mentales, inocentes y desmemoriados, previamente desprovistos de lo terrenal, al Paraíso.

Este mito recibe el nombre de *Caleuche*, que significa cambiar de condición. Valiéndose de él construye Ricardo Wulicher la historia de *La nave de los locos*, con el objetivo confeso de señalar la progresiva intolerancia cultural y racial que marca la vida actual en todos los lugares del mundo. Pero Wulicher afirma que nuestro racismo "es más terrible que el de Europa, porque tiene que ver con la inconsciencia". La segregación a menudo se oculta tras la máscara neutra del indiferente. Procurando subsanar esta falta de memoria digna de *Caleuche*, el director, con Gustavo Wagner, crea una historia en la que se entrelazan temas eternos y omnipresentes: la corrupción, la falta de solidaridad, las falencias de un sistema legal manipulado, que no condice necesariamente con la justicia y, fundamentalmente, el problema de las desigualdades, que parece agravarse a pasos agigantados en una sociedad cada vez más individualista y pragmática.

"La cosmovisión de los mapuches no tiene nada que ver con la nuestra... Para ellos la realidad no existe; sólo el tiempo de los sueños a partir de los cuales se comporta todo lo demás." La épica irrupción de la nave en medio del mundo real puede vincularse con el realismo mágico, pero la magia no será tal para los mapuches. En el relato de *La nave...* los dos mundos se muestran contrapuestos mediante el recurso de una narración paralela, que si bien se justifica plenamente en la presentación ágil y prometedora, pierde sentido en escenas posteriores. La llegada del matrimonio de jóvenes profesionales porteños al sur y la ceremonia mapuche del entierro de un niño, aparentemente desconectadas una de otra, confluyen en un punto: la tierra con la que los mapuches pretenden vivir en armonía. Para ellos cualquier desequilibrio con la naturaleza genera un desequilibrio con la vida, mientras que, en aras del progreso, nuestra cultura ha perdido ese compromiso esencial y sólo le ha quedado la ambición de invertir para la ganancia inmediata, sin visión de futuro.

El terreno sobre el que se está edificando un complejo turístico propiedad de Márquez, amigo y protector de la pareja protagonista, es en realidad el cementerio de la comunidad mapuche. Al tomar conciencia de la profanación que se llevará a cabo, el cacique Pilkumán (el chileno Mario Lorca, que junto a Luisa Calcumil resultan las mejores interpretaciones en un elenco que no se luce en absoluto) asume la culpa por no haber sabido cuidar a los suyos y cree ser un "débil mental". Esa certeza toma la forma de *Caleuche*, que viene a buscarlo. Destruída su confianza, Pilkumán incendia el complejo turístico. Aquí se introduce la excusa para la posterior toma de postura de cada personaje -y decimos excusa porque no es convincente, ni con la mejor buena voluntad de los espectadores, ávidos de un

buen cine argentino: la muerte del hijo único de Márquez, quien en un acto inútil e injustificado se precipita al lugar devorado por las llamas. A raíz de esto Pilkumán será llevado a juicio con la animosidad de todo el pueblo, que apoya, obviamente, el poder establecido de los iguales.

Ajenos a un sistema que no les es propio, en un mundo que no crearon, los mapuches son manifiestamente marginados por los blancos de la ciudad, que cuidan sus intereses, y reaccionan ante una supuesta amenaza a su inalienable poder absoluto sobre una minoría casi siempre silenciosa. Lamentablemente esta es la historia del mundo: un abismo que se ensancha. A Pilkumán sólo le queda esperar la nave de los locos para que lo aleje de toda esa "cordura" que no comprende ni acepta, porque conlleva un individualismo feroz que arrasa con los valores y la fe. Pareciera que nunca como ahora lo esencial ha resultado tan invisible a los ojos.

Pero la nave pasa de largo, y a Pilkumán no le queda otra salida que enfrentarse a la realidad de los otros. Para ello contará con la ayuda de Laura, la abogada porteña que se hará cargo de su caso con un sentido de justicia ideal, compromiso que la enfrenta a sus amigos, pone en riesgo su vida y la separa del que hasta entonces había sido su mundo.

Las escenas del juicio no llegan a ser convincentes, a pesar de la gran interpretación que, como de costumbre, lleva a cabo Miguel Angel Solá. No hay un desarrollo plenamente acabado ni realista de todo el proceso. Pero Wulicher afirma que su intención fue "revalorizar una justicia que no existe, que hay que modificar, y para hacerlo hay que empezar por creer que es posible cambiarla." Esto puede disculpar, en cierto modo, el desenlace utópico y sin demasiadas explicaciones, que deja incon-

CIVITAS STULTORUM

Barco ebrio. Tal es la metáfora que emplea Michel Foucault en su *Historia de la locura* para designar la nave de los locos. La figura, presente en la literatura y en la iconografía renacentista, puede hallarse también en el paisaje imaginario de los chinos, los nativos del escudo báltico y los indígenas canadienses. Wulicher confiesa haber recordado la leyenda mapuche de Caleuche a partir del cuadro del Bosco que representa uno de esos cruceros insensatos.

La aparición del símbolo en Europa se asocia con una práctica municipal. Las ciudades solían encomendar los locos vagabundos a un grupo de peregrinos o de mercaderes. Con la medida se lograba evitar que merodearan indefinidamente bajo los muros de la ciudad. A veces los marineros dejaban en tierra mucho antes de lo prometido a estos incómodos pasajeros. Pero para entonces el loco ya no tenía patria. Prisionero del viaje, quedaba recluido en el afuera.

Foucault sugiere que además de constituirse en manicomios ambulantes, estos barcos eran navíos de peregrinación, que conducían locos en busca de razón. El agua agregaba sus propios valores simbólicos: llevar al loco, pero sobre todo purificarlo. La navegación libraba al hombre a la incertidumbre de su suerte. Cuando se confiaba el loco al agua, se lo ponía en manos de su destino.

Comparable con la expulsión ritual de los demonios -vehiculizados en el chivo emisario- el ademán de embarcar a los locos tenía un carácter expiatorio. Las bodegas de esos barcos iban cargadas de culpas. En el mito de Caleuche, la nave de los locos es también la nave de los inocentes. Según esta función redentora -llevarlos al Paraíso-, en la obra de Wulicher se le propone al espectador conjugar el mito y la Historia. La sustitución es obvia: la nave mapuche se convierte en una carabela; el proceso contra el cacique Pilkumán deviene en un juicio contra la cultura conquistadora. Sin embargo el símbolo de la nave de los locos es mucho más rico en significados que este dualismo simplificador, y precisamente esa polisemia absuelve al director del cargo que pretendía denunciar y que se le vuelve en contra: la univocidad, en el sentido de *una sola voz*.

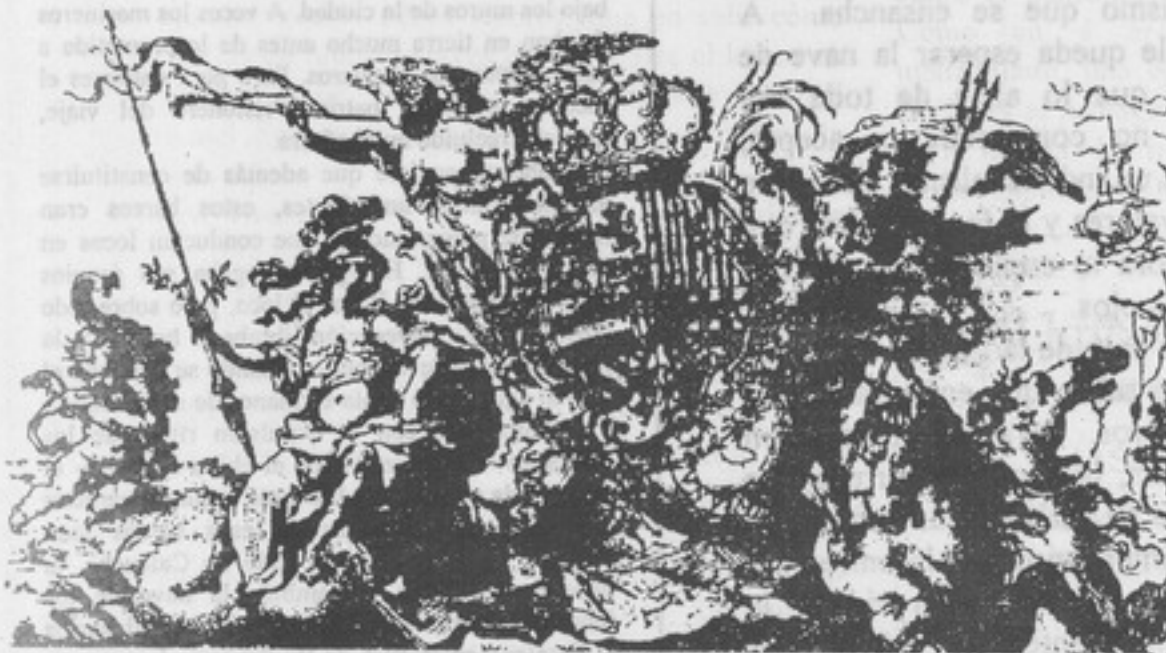
También a favor del director, la belleza de las imágenes. Una canción de Alberto Cortés predica de un loco el poder de construir castillos en el aire. La barca de los locos aparece en la película envuelta en una nube, como residuo o promesa de esas ciudadelas.

A. T.

clusa o cierra forzosamente la evolución de algunos de los personajes.

El relato intenta expresar la necesidad de volver a tejer la trama de lo que llamamos nuestra sociedad, para formar en el tapiz un dibujo donde esta vez estemos TODOS. Se trata de "domesticar", en el sentido de "crear lazos", como diría el zorro al Principito, necesitarse y complementarse; no subordinar, marginar, dominar, síntomas de una enferma concepción de superioridad con vocación de conquista. Repetir que todos los hombres son creados iguales ya no tiene

Ambas cuentan historias con la intención de comunicar un mensaje, transmitir inquietudes y planteos esenciales del género humano, más allá de la época o de la geografía. Dejan preguntas y no pretenden dar respuestas mágicas. Proponen la búsqueda y el redescubrimiento de los ideales que la sociedad establecida ha desterrado de común acuerdo, en un inconsciente pacto de indiferencia hacia todo lo que no constituye su esfera de interés inmediato. Sin duda el individualismo toma muchas formas y se parapeta tras la urgencia



sentido ni efecto, como sucede con todas las verdades a gritos de la historia, ignoradas por la sorda conveniencia y el miedo de los mediocres a la propia debilidad.

La muy buena producción, en fotografía y música, resulta siempre una sorpresa agradable en el sacrificado cine argentino, aunque por supuesto, no es lo único importante. Esta obra de Wulicher se inscribe en la línea de *Un lugar en el mundo*.

cotidiana. Los mapuches saben de espera y de postergación. Y no son los únicos.

Si al mundo lo conforman diferentes realidades, tal vez sólo los débiles mentales, los inocentes, los locos y, por qué no, los poetas, conozcan el secreto que puede llevarlos directo al Paraíso.

María Paula Cañón

5° año Letras